

tener de comun con tradiciones históricas, sino que solo podían fundarse en suposiciones vanas, y de ningún modo podían servir de testimonio de un suceso histórico. Si los fenicios suponían en efecto que la división de los pueblos había comenzado en una comarca del mar Muerto, debían comenzar precisamente allí su historia propia. Por lo demás, hemos visto que no está tan fuera de duda la autenticidad de las noticias dadas por los mismos fenicios que puedan sacarse de ellas consecuencias exactas sobre las ideas de aquel pueblo, y por tanto no deben aducirse tales noticias para probar teorías sobre el origen probable de los fenicios (1).

Sin embargo, hasta recientemente se ha tratado de hacer esto con frecuencia, y se ha creído encontrar confirmada en las mencionadas noticias de los fenicios una multitud de hechos con tendencia á separar á los fenicios y demás cananeos de los pueblos semíticos para colocarlos entre los pueblos kusitas; porque de este modo había medio de explicar cómo los pueblos de esta familia podían haber habitado juntos en una época, cosa tanto más fácil cuanto que el mar Eritreo es una idea geográfica tan vaga que podía colocarse la patria primitiva de los fenicios ya cerca de Babilonia, ya en la parte árabe de Bab-el-Mandeb, según se quisiera dar más importancia á su conexión con los pretendidos kusitas de Babilonia, á sus relaciones remotísimas con los habitantes de la India, ó á la afinidad con los kusitas africanos. Así es que paulatinamente se ha formado una hipótesis que traslada á los fenicios desde el Norte del golfo Pérsico á las costas de Arabia, hasta Bab-el-Mandeb, y desde allí á la costa árabe del mar Rojo otra vez al Norte. Los defensores de esta hipótesis dan á entender como cosa que no necesita probarse que los fenicios, como el primer pueblo marítimo y mercantil del mundo más antiguo, habían dominado todas estas costas y mucho más hasta las de la India y de Ceilan, y que al propio tiempo, por medio de su comercio y de sus muchas factorías, situadas en los países más diferentes y más apropiados á su objeto, facilitaron no solamente el cambio de los productos del Sur con los del Norte, sino también los elementos de civilización y el conocimiento de la técnica, las artes y ciencias que aprendían en los países que visitaban. Los mismos defensores de la citada hipótesis admitían como cosa corriente que en tiempo histórico no se podían encontrar ni siquiera las huellas de la existencia y actividad de este pueblo de políticos mercantiles de los tiempos primitivos, porque tuvieron la desgracia en todos los puntos donde se establecieron de encontrarse con semitas, con los cuales se fundieron obligados por una ley etnológica; y á manera de afinidad química, adoptaron la lengua semítica y se dejaron absorber completamente por la raza de Sem, renunciando á la mejor parte de su independencia, sin perder por esto las demás cualidades nacionales de su raza.

Para que esta hipótesis no aparezca enteramente lo que es, á saber: un cuadro novelesco de pura fantasía, se dice que en un trozo de la costa árabe del mar Rojo vivía todavía en tiempo histórico una fracción del pueblo fenicio, y que el nombre con que los egipcios designaban á estos fenicios era la forma original del nombre griego *Phoinix* y del latino *Pennus*. Si esto fuera así, no podría desearse mejor confirmación de la citada hipótesis; pero por desgracia es muy débil esta última razón, porque la palabra egipcia de que se trata es un nombre de pueblo, y no designa más que á los habitantes de una comarca determinada: se deriva del nombre de un país y no es el de una determinada raza ó tribu. Designaba á los habitantes de aquellas comarcas de

(1) Véase Eduardo Meyer: *Historia de la Antigüedad*, tomo I, nota al párrafo 178.

la costa occidental de la Arabia en las cuales era indígena el olivo; pero se daba también el mismo nombre al parecer al trecho de la costa africana situado enfrente. El nombre más usado que los egipcios solían dar á estos países en su escritura jeroglífica es *Punt* y el nombre de los habitantes en singular es *punti*, que hasta hace poco fué escrito equivocadamente *puna*; pero en realidad se sabe solamente el sonido que tuvieron las consonantes de la raíz y de las finales (t-tj); su valor de sonido ha sido originalmente *pwn t* y *pwn t-j*. También es un error creer que la raíz de esta palabra es monosilábica (pun-), pues debe considerarse bisilábica (p-w-n), porque á no ser así, la habrían escrito de otra manera (2); de suerte que la transición á las formas *phoinix* y *pan-us* no es, de consiguiente, tan sencilla como parece tomando por punto de partida *punt* y *punti*. Aun admitiendo todo esto como poco esencial, no se comprendería cómo los griegos y los romanos pudieron designar á los fenicios con un nombre que estos jamás se habían dado á sí mismos, como está demostrado, y que los egipcios dieron á los habitantes del Yemen, pero nunca á los habitantes de la Fenicia. Si los egipcios, que desde antiguo conocían el país del Yemen y también la Fenicia, no pudieron observar que los habitantes de ambos pueblos eran idénticos, ¿cómo pudieron descubrirlo mucho después los griegos? También se aduce como prueba que hay en monumentos egipcios antiguos representada gente de «Punt», cuyas fisonomías y forma corporal, lo mismo que su nombre, demuestran la identidad de aquella gente con los fenicios; pero no debemos extrañar que estas figuras de los artistas egipcios se parezcan más á los fenicios que á los nubios y á los negros del Sudán egipcio. Nadie negará que existía afinidad entre los fenicios y los habitantes de la península arábiga; solo que esta afinidad con los habitantes del país de Punt, antecesores de los sabeos, no era tan grande como se quiere hacer creer y no pasaba de la afinidad general que tienen entre sí los pueblos semíticos. También se ha querido encontrar en el nombre de *punt* el de *put*, que lleva en la lista de los pueblos del Deuteronomio uno de los hijos de Kus, cuyo nombre se encuentra también en algunos otros pasajes del Antiguo Testamento que datan del tiempo anterior al destierro; pero en este pasaje significa mercenarios extranjeros de origen desconocido y no un pueblo de la clase de los fenicios. Además es imposible, por razones lingüísticas, tomar *punt* y *put* por una misma palabra; no hay arte gramatical que pueda explicar la desaparición de la letra *n* de la palabra *pun* y su sustitución por la letra *t*, y cómo esta letra *t* se haya podido transformar en una *t* de otro sonido que la *t* usual.

Admitiendo que los fenicios desde Bab-el-Mandeb en la costa árabe del mar Rojo se dirigiesen por la costa al Norte, se admite también que visitarían el lado africano, donde un sabio noruego muy apreciable ha creído encontrar un pueblo de estos fenicios eritreos al cual llama Bun-Pun (3). Lo llama «Bun» porque cree haberlo encontrado mencionado bajo este nombre en una inscripción egipcia en las canteras de Hammamat, que data del tiempo del rey Pepi I, uno de los reyes de la sexta dinastía, y que habla de aquella gente con motivo de un viaje que hicieron desde una ciudad marítima en la orilla egipcia del mar Rojo al valle del Nilo, en cuyo viaje hicieron parada en Hammamat, que está situada á mitad del camino. Por desgracia, esta creencia se funda en un error. La inscripción citada no contiene sino justamente

(2) A. Erman: *El Egipto y la vida egipcia en la antigüedad*, tomo II, Tubinga, pág. 607, nota 2.

(3) J. Lieblein: *El comercio y la navegación del mar Rojo en tiempos antiguos, según fuentes egipcias* (Cristiania, 1886, págs. 14 á 16).

los nombres de egipcios que por orden del rey Pepi pasaron desde el valle del Nilo á Rehanu, ó como hoy se llama, al Wadi-Hammamat, para encargarse allí de la vigilancia de los trabajos en las canteras (1), y ni siquiera habla la inscripción de extranjeros que hubiesen estado allí de paso.

Casi igualmente baladíes son las pruebas que se aducen para explicar la vida de los fenicios de *Punt*, en el Este de la península arábiga. Suele servir de prueba de la identidad de los fenicios con los kusitas, á los cuales se quiere atribuir el origen de la civilización babilónica, una relación que Beroso nos ha conservado y según la cual existía en Babilonia en un principio una población numerosa compuesta de diferentes tribus, cuyos individuos vivían todavía sin organización social como una banda de animales. Esta situación social cambió cuando un día salió repentinamente del mar Eritreo, donde confina con Babilonia, un hombre-pez llamado Oannes, un sér extraño, un pez que tenía piernas de hombre y debajo de la cabeza de pez una cabeza humana que sabía hablar. Este sér tenía durante el día conversación con los hombres y les instruyó en todo lo que les faltaba saber para llevar una vida civilizada. No se alimentaba durante el día y á la puesta del sol se retiraba al mar, pasando la noche en el seno del agua, porque era anfíbio. Después de la aparición del primer Oannes se dice que salieron del mar en diferentes ocasiones otros apóstoles de la civilización, del mismo nombre y de igual figura, para refrescar la memoria y continuar la instrucción de los hombres.

La explicación que suele darse generalmente de este cuento es que se refiere á sucesos positivos y no á hombres-peces, sino á hombres que salieron de buques, y que se trata de la propagación de la civilización por navegantes procedentes del golfo Pérsico; pero esta explicación no tiene más valor que la aclaración racional de cualquiera otra fábula, porque busca una cosa incongruente con la fábula en general, un fondo histórico que la fábula justamente no tiene. Si los babilonios atribuyeron en realidad el origen de su civilización á las instrucciones de seres maravillosos que salieron del mar y volvieron á desaparecer en él, esta leyenda no es más que una de tantas como se encuentran en muchos otros pueblos, las cuales hacen aparecer súbitamente al primer bienhechor de la humanidad ó al autor divino de la civilización de un pueblo, para hacerle desaparecer otra vez en un mundo misterioso y oculto. Estas leyendas, lejos de fundarse en recuerdos históricos, dejan entrever lo contrario, es decir, la meditación sobre el gran enigma que presenta la totalidad de las conquistas de la civilización transmitida como resultado de una tendencia del hombre á alcanzar lo que para él solo ha de haber sido imposible. Al propio tiempo domina en estas leyendas la idea de que la civilización alcanzada no es todo lo perfecta que debiera ser porque las órdenes divinas no han sido observadas siempre, á pesar de repetidas adverten-

(1) La inscripción menciona al tesorerero Aja, ó más exactamente Eje, y sus acompañantes, que todos tienen nombres genuinamente egipcios. «Estos son mis dependientes (*sabennu*), que han venido conmigo», sigue diciendo la inscripción. Lieblein forma de los signos de *sabennu* dos palabras, *sab* y *bennu*, y por medio de un complemento que en su opinión no necesita explicación justificativa, traduce el trozo de esta manera: «Estos chacales son gente *bennu* que bajan donde yo regreso á casa.» De esta gente *bennu* dice que es gente de «Punt» y de ahí concluye que los egipcios tenían para el nombre de *Punt* una forma dialéctica que ha de haber sido *Bun*. Es inútil refutar aquí las pruebas que en su opinión apoyan esta versión, pues la inscripción no habla siquiera de gente *bennu*, y Lieblein tampoco explica cómo Aja (ó Eje) llega á calificar de chacales á estos supuestos agentes de la civilización. Véase también la obra de Adolfo Erman, *Egipto y la vida egipcia en la antigüedad*, tomo segundo, pág. 627, y el artículo de Maspero sobre los monumentos egipcios del valle de Hammamat, en la *Revue orientale et américaine, nouvelle série*, I (Paris, 1877), pág. 331.

cias, y porque, en una palabra, no han llegado á ser vencidos los defectos de la naturaleza humana. El autor de las instrucciones que las leyendas consideran como autor del estado presente, solo había enseñado á la humanidad el camino recto y después la había abandonado á sí misma. Este es el sentido de la leyenda de Oannes, la cual de ningún modo se refiere á la influencia de un pueblo extranjero sobre la civilización babilónica. También se han pretendido encontrar más al Este huellas de los fenicios eritreos, á saber: en la India, y se ha querido ver en la palabra sanscrita *pani* la huella del nombre de fenicios. Esta palabra significa propiamente un hombre que vende (traficante), pero jamás se la encuentra usada para designar un pueblo ó tribu. En la mayor parte de los casos solo designa hombres tacaños hasta para hacer los sacrificios, si costaban dinero, hombres de corazón duro; y, no obstante, se han creído autorizados algunos para suponer que esta palabra ha debido significar en un principio un pueblo extranjero, es decir, un pueblo mercader, que no podía ser sino el de los fenicios (2). Aunque se hubiese dado á la palabra *pani* la significación de una cualidad propia solamente de un pueblo extranjero, significación que no se ha probado (3), esto nada tendría de extraño, ya que el objeto del comercio era en el fondo la venta de productos extranjeros y que los mismos traficantes eran en su mayor parte extranjeros ó por lo menos originarios de otra población; pero esto no autoriza á considerar la citada palabra como tomada del extranjero ó como calificativo sacado de un nombre problemático de un pueblo extranjero.

Si, pues, los datos de los antiguos sobre el origen de los fenicios merecen tan poca confianza, pueden considerarse como otros tantos fracasos todas las tentativas hechas para deducir sucesos históricos de la combinación de aquellas noticias. La sola suposición que tácitamente se hace en estas tentativas, á saber: que es posible hacer investigaciones exactas acerca de sucesos que han de haber ocurrido en tiempos prehistóricos, es por sí sola en extremo discutible; y si de esta manera se disipa y anula una multitud de brillantes y halagüeñas perspectivas, no será esta una pérdida, sino más bien una ganancia, porque aparecen más precisos los límites del saber positivo. Si algo hay que lamentar es la abundancia de sagacidad y erudición que se emplea siempre de nuevo y siempre infructuosamente en defender la utilidad de aquellas noticias para la investigación histórica, como suele suceder cuando noticias mal fundadas parecen indicar algo exacto. En el caso presente se exageran mucho por la mayoría de los defensores del valor de estas noticias, los resultados que parecen haber dado; así es que estos defensores quieren atribuir el progreso remoto de la navegación en Fenicia, el desenvolvimiento del pueblo fenicio, el carácter internacional de este pueblo, en fin, todo lo que es propio de su existencia histórica y todo lo que necesita ser explicado previamente, á la anterior existencia de este pueblo á orillas del mar Eritreo. Dicen que los fenicios cambiaron de país y se establecieron en la costa mediterránea de la Siria por un motivo que queda por explicar, no como un pueblo salvaje, sino como un pueblo de marinos experimentados, como comerciantes prácticos y á la altura de las conquistas de la civilización hechas por los pueblos más meridionales; en fin, que el pueblo fenicio llegó al Mediterráneo ya como tal pueblo hecho y civilizado; y si bien nunca se ha querido sostener que esto ocurriera en tiempo histórico, se ha puesto la explicación de los problemas históricos que re-

(2) Lieblein: *Comercio y navegación del mar Rojo*, págs. 86 á 90.
(3) *Pany* en sanscrito significa *venal*, que vende, ó mejor, que se vende, y *pani* tiene la significación de *mano*. (N. del T.)

sultan de la situación y demás condiciones de las ciudades fenicias de la costa de Siria, en una región desconocida é imaginaria. La realidad es, sin embargo, que justamente aquellos países donde se ha querido colocar la patria primitiva de los fenicios, es decir, las costas de Babilonia y las limitrofes occidentales del golfo Pérsico, son muy impropios por su falta de madera adecuada, para facilitar la invención de la navegación marítima, tanto que Aristóbulo dice (1) que Alejandro Magno, cuando se decidió á someter á su dominio las costas de la Arabia oriental, se vió precisado á llamar desde la Fenicia á Babilonia marinos y buques construidos en piezas sueltas para armarlos despues, y esto con la intención declarada de hacer de la Babilonia lo que no había sido nunca, á saber, una segunda Fenicia.

Resulta de todo lo dicho que ni las noticias que presentan á los fenicios como la población primitiva de su país, ni las que los presentan como pueblo inmigrado, tienen fuerza absoluta como pruebas. Es probable que su primera patria no

fuere la Fenicia, sino que estuviese situada mas al Sur, siempre en el interior de Palestina; pero la probabilidad de esto no descansa en noticias que lo indiquen, sino únicamente juzgando por la situación de sus poblaciones en la región mas avanzada y mas septentrional del país ocupado por los cananeos. No son los fenicios entre los pueblos de la antigüedad el único, como se sabe, que no debe ser tenido por autóctono, á pesar de que las noticias que tenemos sobre su inmigración no merecen crédito. En la mayor parte de los casos no hay ni lugar á suposiciones respecto del camino y manera que había llevado tal ó cual pueblo al país que despues ocupó, y es un caso excepcional que esto resulte posible respecto de los fenicios, los cuales solo pueden haber llegado al país que ocuparon, viniendo desde el Sur. Lo que les empujara hácia adelante habrá sido, como ya se ha indicado antes, aquel mismo movimiento de pueblos que, empezando en el Norte de la Arabia, produjo siempre sus efectos en el Sur de Palestina.

SEGUNDA PARTE

1. Comienzos de la historia y de la civilización de Fenicia.

Segun opinion de geólogos de fama, la Fenicia estuvo habitada en una época enteramente prehistórica mucho tiempo antes de la primera aparición de los fenicios. Verdad es que hasta ahora no se han descubierto en aquel país restos, como cráneos y otras partes del esqueleto, de los habitantes prehistóricos; pero el suelo de muchas cavernas, que tanto abundan en la vertiente occidental del Líbano, está cubierto de capas compuestas, además de la tierra, de carbon vegetal, de ceniza, tiestos, astillas, huesos de animales y fragmentos de pedernal de variadas formas (2). Todos estos restos se encuentran reunidos en una masa dura como la piedra por las aguas calcáreas, que se filtran al través de la roca. Se ha notado que los huesos de animal son de especies extinguidas, pero no tienen señal ninguna de haber sido trabajados por la mano del hombre. En cambio las aristas de pedernal, que allí se ven en gran cantidad, indican el trabajo del hombre, ya que en opinion de personas peritas en estas cosas no han podido recibir la forma que tienen de otra manera que por la mano del hombre, como por ejemplo por derrumbamientos y choques recibidos naturalmente por volúmenes mayores de pedernal. Sin embargo, entre todas las astillas de pedernal no hay ninguna que tenga forma de algun útil ó pulimento ó que indique adaptación á algun uso, y además parece que en ningun caso han ofrecido estos restos en las cavernas examinadas señales de no haber sido tocados antes. Por esto es menester aguardar nuevas confirmaciones antes de admitir

(1) Arriano: *Anabasis*, VII, 19, 3 y 4.

(2) Las cavernas en que se han encontrado estos restos están principalmente en la proximidad de las fuentes del Nar-el-Kelb. Luis Lartet ha encontrado en una caverna de Adlun aristas de pedernal mezcladas con huesos de animales fósiles. Véanse tambien la obra de Oscar Fraas: *Tres meses en el Líbano*, págs. 27 y 66, así como su disertación sobre noticias geológicas del Líbano en las *Noticias anuales de Historia Natural de Wurtemberg*, XXXIV, Stuttgart, 1878, págs. 364 hasta 379; y la obra del duque de Luynes: *Voyage d'exploration á la mer Morte*, tomo I, págs. 12 y 23, tomo III, págs. 216 á 224.

como positiva la existencia de una población prehistórica en concepto geológico en la Fenicia, y si se llegara á probar esta existencia, quedaria una distancia incommensurable entre aquella humanidad que usó útiles tan primitivos y los pueblos que despues vivieron en aquel país.

No es probable que los fenicios, al establecerse en los llanos occidentales de la cordillera del Líbano, encontraran despoblado el país; pero ni remotamente pueden hacerse suposiciones respecto del estado social y de civilización en que se encontraran los que precedieron á los fenicios. Algunos doctos han supuesto que los semitas que inmigraron en Fenicia, lo mismo que inmigraron en la Babilonia, habían encontrado en ambos países una población de origen é índole completamente diferentes, con cuya población se fundieron gradualmente los inmigrantes en la Fenicia, dando lugar así al pueblo que en la historia figura como fenicio. Con esto han querido explicar por qué allí se había desarrollado una civilización mas elevada y mas temprana que en la mayor parte de los demás países habitados por semitas; pero esta hipótesis no tiene mas razón de ser que la necesidad de explicar las cualidades propias del pueblo fenicio, tan diferentes de la raza semítica. Los que sostienen la citada hipótesis, admitiendo que el elemento no semítico en la población de Babilonia, á cuyo elemento se atribuye, al parecer con razón bastante fundada, la mejor parte en el origen de la civilización babilónica, era un elemento kusita, declararon tambien que la base de la población de Fenicia era kusita. Este concepto es tan arbitrario y tan poco propio para explicar algo, como lo es la misma suposición de una raza especial como la kusita. Opinan hoy día la mayoría de los asiólogos que la antigua civilización babilónica era debida á un pueblo que por su lengua era afin de los pueblos turcos, y por lo mismo no ha faltado quien ha querido probar la existencia antigua de este mismo pueblo en la Fenicia. Para probarlo se ha valido en primer lugar de los nombres de los dioses usados tanto en la Fenicia y en otras partes de la Siria como en la Babilonia y en la Asiria, y además se han querido explicar nombres de lugares fenicios por los del idioma no semítico

que se supone haberse hablado en Babilonia y por los de otras lenguas llamadas turánicas (1); pero hasta hoy han sido poco convincentes los resultados de estos trabajos. Aun aceptando como posible, segun admiten recientemente algunos arqueólogos, que en el tiempo primitivo haya existido un pueblo que no era arya ni semítico y que habitaba la Media, el Asia Menor, el territorio comprendido entre ambas, y además toda la Siria desde el curso superior del Eufrates hasta mas allá de las fronteras del Egipto, y por otro lado toda la región del Eufrates y del Tigris hasta el golfo Pérsico; aun admitiendo que este pueblo poseyera todos aquellos países antes que empezaran las tribus semíticas á extenderse y á transformar en semita la población de muchas partes de la región indicada, la ciencia histórica no cuenta hasta hoy con ningun método que le permita aducir pruebas sólidas en apoyo de esta idea.

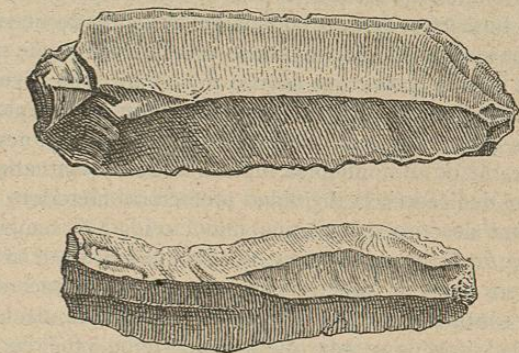
Tampoco se sabe el grado de civilización que tuvieron los primeros inmigrantes cananeos á su llegada á la Fenicia; pero como justamente el pueblo de Sidon, que segun ya hemos mencionado, lleva el simple nombre de «lugar de pesca,» fué el primero que adquirió tan grande importancia que se aplicó su nombre á toda la rama cananea establecida en Fenicia, puede admitirse que en el principio la industria general era la pesca. La mayor parte de los nombres de las demás poblaciones de la Fenicia tienen un significado muy fácil de comprender, porque además de «pesca,» encontramos «peñasco,» «montaña» y «pozo,» como nombres justamente de las ciudades principales, lo cual bien puede indicar que estas ciudades eran en un principio poblaciones pequeñas y miserables, que ningun otro distintivo ofrecieron fuera de su situación. Lo mismo puede decirse de las ciudades cuyos nombres significaban «altura» y «atalaya;» y en cambio no existen, al parecer, nombres de lugares que indiquen cualidades propias de los casos de guerra, como «fuerte» y «fortaleza,» lo cual es tanto mas importante cuanto que ciudades originariamente cananeas de la llanura filistea tenían nombres de esta significación. De aquí se deduce que la transformación de la Fenicia en territorio cananeo debió de efectuarse pacíficamente y no venciendo á una población que ofreciera resistencia á los inmigrantes.

De todos modos es imposible fijar por medio de cálculos, segun ya hemos dicho, la época en que se estableció el pueblo fenicio en el país á que dió su nombre; y por lo mismo es aun mas imposible determinar el principio de su desarrollo histórico, que determinar el principio del desarrollo histórico del Egipto y de Babilonia, porque en la Fenicia faltan hasta los monumentos que podrian dejar entrever aproximadamente siquiera épocas remotísimas, como sucede con los monumentos mas antiguos de origen egipcio y babilonio. Con todo, puede admitirse como seguro que en la Fenicia principió el desarrollo origen de sucesos posteriores é históricos, mucho despues que en el valle del Nilo y que en las bocas del Eufrates y del Tigris. Los fenicios, siguiendo el ejemplo de los babilonios y egipcios, trataron de dar á su historia, por medio de cronologías, una duración que abarcaba distancias de tiempo infinitas; y Julio Africano, cronógrafo cristiano que escribió en el primer cuarto del siglo III, dice que había obras que trataban de la historia de Fenicia y que se referían á un espacio de tiempo nada menos que de treinta mil años. Sin embargo, este es todavía un número muy modesto si se compara con el espacio de cuatrocientos ochenta mil años que los babilonios pretendieron, segun se

(1) Véase Claudio Regnier Conder: *Syrian Stone Lore: or The Monumental History of Palestine* (Londres, 1886), pág. 59, y en especial su artículo: *The Pre-Semitic Element in Phœnicia*, en la *Archæological Review*, tomo I (Londres, 1888).

dice, para su historia. Se puede suponer cómo los fenicios llegaron á fijar el número inmenso de treinta mil años. Las listas de sus reyes y los sucesos históricos ocuparían en este cálculo de tiempo una parte insignificante; y la historia anterior, ó sea la prehistoria del pueblo fenicio, por ejemplo, su permanencia en su primera y primitiva patria, no tendria en estos treinta mil años absolutamente ninguna parte. Es seguro que ocuparían la mayor parte de este tiempo los dioses, á fin de dar autoridad á la existencia y dominio de los señores de la tierra, y particularmente en la Fenicia, para lo cual era menester hacerlos entrar en un órden cronológico determinado, ya que las listas de los reyes habían de empezar con los dioses y otros personajes míticos. Así, pues, en aquel elevado número de treinta mil años campearía en rigor solo una cronología cosmogónica de la historia de los dioses fenicios.

De origen mucho mas antiguo y de gran valor positivo es



Cuchillos de pedernal encontrados en las cuevas de las inmediaciones del Nar-el-Kelb.

otro dato cronológico que refiere Herodoto. Este autor dice que durante su permanencia en Tiro, permanencia que podemos fijar en el año 450 antes de nuestra era, preguntó á los sacerdotes de Hércules ó sea Melcart, que allí se veneraba, desde cuándo existía aquel templo dedicado á dicha divinidad, á lo cual le contestaron aquellos que se había construido cuando se edificó la ciudad, lo cual había sucedido 2,300 años antes. Niebuhr, en sus *Lecciones sobre la historia antigua*, y Kenrick, en su obra: *Fenicia*, se muestran muy escépticos tocante á la veracidad de aquellos sacerdotes. Admitiendo, sin embargo, que la noticia no sea muy exacta y que no se fundase en documentos que trataran de la fundación del templo; admitiendo tambien que aquellos sacerdotes designasen á Herodoto solo la época en la cual empezó la fundación de las ciudades mas antiguas de su país, segun un cálculo admitido entonces en toda la Fenicia, no hay que objetar nada contra la exactitud de este dato, que está aproximadamente y en globo conforme con el cómputo verdadero. Se comprende que por motivos de conveniencia particular interesaba al clero de aquel templo hacer correr noticias exageradas respecto de su antigüedad, pero por otra parte estas noticias no podían traspasar los límites de lo que entonces se juzgaba posible, atendido que se fundaban expresamente en la antigüedad notoria de la ciudad; por manera que la fecha suministrada por ellos debía de ser la mas remota que los habitantes de Fenicia entonces se creían con derecho á atribuir á sus recuerdos históricos mas antiguos. Si hubiesen señalado un año puramente fabuloso, no se habrían fijado ciertamente sino en uno mucho mas remoto. Por lo mismo puede admitirse que los cananeos debieron de establecerse en la Fenicia á mediados del tercer milenio antes de nuestra era.

Digamos tambien que en noticias posteriores se habla de la remota edad de los templos fenicios. El autor de un escri-